

dictó reglamentos, adoptó acertadas medidas de policía y ejerció él solo la autoridad en una ciudad que los magistrados civiles y hasta los jefes militares habian abandonado.

Llegó el invierno y acrecentó los horrores de la situación; era excesivo el frío y considerable el número de pobres que carecian de pan, de lumbre y de abrigo. La muchedumbre se agolpó llorando al palacio arzobispal, é invocó á Carlos como su único amparo en aquella angustiosa situación. Semejante espectáculo conmovió profundamente el corazón de Carlos. Pero, ¿qué podía hacer el buen prelado? Habia vendido ya sus muebles, su vajilla y repartido el producto entre los menesterosos. Repasó de nuevo lo que le quedaba en palacio, quitó todas las colgaduras, alfombras, tapetes, sábanas, mantas, todo cuanto halló; distribuyó lo que podía servir para hacer vestidos, y llegó hasta dar los suyos propios, no conservando sino el que llevaba puesto.

Durante los quince meses que duró esta epidemia, de la cual murieron 18,000 personas en Milan y 8,000 en el resto de la diócesis, no se entibió ni por un momento el celo de Carlos, quien permanecía día y noche en medio de los pacientes. Serian menester muchos volúmenes para referir minuciosamente todos los actos de su inagotable caridad, sin que sea dable decir si debe admirarse mas la perseverancia en sus sacrificios ó esa multitud de trabajos que apenas es creible que un solo hombre haya podido llevar á cima.

No contento con prodigar su vida en provecho de sus conciudadanos, procuraba alentarlos, implorando la misericordia celestial, con actos de piedad y penitencia. Yendo en una procesion pisó un grueso y agudo clavo que le traspasó el pulgar y le hizo saltar la uña, porque no miraba donde ponía los piés. Este doloroso accidente no le impidió continuar su camino, y á pesar de las prescripciones de los médicos no quiso guardar cama ni un solo día. Tanto era el afán que sentía de acudir á donde le llamaba su obligación.

Cesó por fin la plaga, y Carlos comenzó de nuevo sus visitas pastorales, en una de las cuales cayó enfermo y fué preciso volver á llevarle á Milan. Inútilmente le rogaron que se cuidase, pues la única comodidad en que consintió para modificar su género de vida, fué la de poner un poco de paja en el tablado que le servía de cama.

Al sentir que se acercaba su fin, no pensó ya mas que en prepararse á morir como cristiano; recibió los últimos sacramentos con la mayor serenidad, y el 3 de noviembre entregó su alma á Dios pronunciando estas palabras: *Ecce venio*<sup>1</sup>.

El pueblo, á quien tanto bien habia hecho, vió una calamidad pública en su muerte, y veinte años despues el sumo pontífice le colocó en el número de los escogidos de Dios que invoca la Iglesia.

La gratitud pública erigió á san Carlos Borromeo una estatua en la villa de Arona, su cuna, situada en las márgenes del lago Mayor. Desde allí se extiende la vista sobre el hermoso lago y las deliciosas islas llamadas Borromeas, que pertenecen aun á su familia, cuales son: la *isola Madre*, formada de siete terraplenes, en el último de los cuales se alza un castillo, y que se elevan unos encima de otros, vestidos todos de aloes y naranjos; y la *isola Bella*, que presenta una vista mágica con sus diez terraplenes que forman escalones y le dan la forma de una pirámide entapizada de jardines, embalsamada por los perfumes del azahar, del jazmin y de otras flores tan raras como hermosas.

La estatua colosal del santo, colocada á la orilla del lago sobre una colina, parece sonreír ante ese hechicero aspecto de la naturaleza: tiene veintidos metros de alto, y el pedestal quince; los piés, las manos y la cabeza son de bronce; el resto se compone de láminas de cobre muy espesas; lo interior es una masa de piedra destinada á darle solidez. Una escalera labrada por entre el ropaje permite subir hasta la cabeza del coloso, la que, agujereada en varias

1. Héme aquí que vengo.

partes, facilita á algunos curiosos el ridículo entretenimiento de oír por los oídos de la estatua, respirar por sus narices y ver por sus ojos.

La actitud del santo es á un mismo tiempo noble y sencilla. De pié, descubierta la cabeza, vestido de cardenal, tiene un libro abierto en la mano izquierda, y la derecha, tendida hácia el lago, parece que está echando la bendición á aquella tierra, donde no se borrará jamás el recuerdo de sus virtudes.

#### El Cura de Aldea.

Hay en cada aldea un hombre que sin familia propia pertenece á la familia de todos, á quien se llama como testigo, consejero y agente en los actos mas solemnes de la vida civil; que recibe al hombre al salir del seno de su



madre y no le abandona mas que en el sepulcro; que bendice su cuna, el tálamo nupcial, su lecho de muerte y su tumba; un hombre á quien los niños se acostumbra á amar, á venerar y á temer, á quien los desconocidos mismos llaman *padre* y á cuyos piés van los cristianos á depositar sus mas íntimos secretos; un hombre que es el consuelo y alivio de todas las miserias, así del alma como del cuerpo,

el mediador nato entre la riqueza y la indigencia; á cuya puerta van á llamar el rico y el pobre alternativamente; aquel para depositar en sus manos una limosna secreta, éste para recibirla sin avergonzarse; un hombre, en fin, que todo lo sabe, que tiene derecho de decirlo todo y cuya palabra cae desde lo alto sobre las inteligencias y los corazones con la autoridad de una misión divina. Ese hombre es el cura.

Admirable es la misión del cura como moralista. El cristianismo es una filosofía divina escrita de dos modos: como historia, en la vida y muerte de Cristo; y como precepto en la sublime doctrina que ha traído al mundo. El precepto y el ejemplo son dos palabras que se hallan unidas en el Nuevo Testamento ó Evangelio que el cura debe tener siempre en la mano, ante los ojos, grabado en el corazón. Un buen sacerdote es un comentario vivo de ese divino libro. No hay verdad moral ni política que no se encuentre en gérmen en un versículo del Evangelio.

La enseñanza del sacerdote debe ser como la de Cristo, en acciones y palabras; su vida ha de ser, en cuanto la humana flaqueza lo permite, la explicación sensible de su doctrina, es decir, una palabra viva. La Iglesia le ha puesto allí mas bien como ejemplo que como oráculo, pues no hay lengua humana tan elocuente ni persuasiva como la virtud.

El cura es también administrador espiritual de los sacramentos de su iglesia y de los beneficios de la caridad; está en posición de conocer las culpas, el arrepentimiento, las miserias, las necesidades, las angustias de la humanidad; su corazón debe rebosar de tolerancia, misericordia, mansedumbre, compunción, caridad y perdón; su puerta ha de estar abierta á toda hora para el que vaya á despertarle, su lámpara siempre encendida; para él no debe haber estaciones, ni distancia, ni contagio, ni sol, ni nieve, si se trata de ir á absolver y bendecir al pecador moribundo. Porque no debe haber ante él, como no hay ante Dios, ricos ni pobres, pequeños ni grandes, sino hombres, esto es, hermanos en miserias y en esperanzas.

Como hombre, el cura tiene que cumplir asimismo algunos deberes puramente humanos é indispensables para mantener la buena reputacion de su ministerio. Retirado á su humilde habitacion, á la sombra de su iglesia, rara vez debe salir de ella. No le está vedado tener una viña, un jardin, una huerta, ó un pedazo de tierra, cultivarle con sus propias manos y crear animales domésticos para su recreo ó utilidad, como una vaca, por ejemplo, una cabra, unas aves, algun pajarillo, y sobre todo el perro, ese amigo del hogar doméstico, que no abandona nunca á los que el mundo olvida y que necesitan que álguien los ame. El buen párroco debe alejarse poco de este asilo del trabajo, del recogimiento y de la paz para mezclarse en las turbulentas reuniones del vengendario; solo en algunas solemnes ocasiones le es dado enlabiar la copa que le ofrezca la suntuosa hospitalidad de los afortunados del siglo. El resto de su vida ha de pasarlo en el altar, en medio de los niños, á quienes enseña á balbucear el catecismo, ese código vulgar de la mas elevada filosofia; ó bien entregado á serios estudios, rodeado de libros, que son la sociedad muerta del solitario. Por la tarde, cuando toma el sacristan las llaves de la iglesia, cuando se ha oido el toque de oracion en la aldea, puede verse en ocasiones al buen párroco al pié de los manzanos de su vergel ó por las sendas elevadas de la montaña, respirando con el breviario en la mano el aire suave de los campos, ora parándose para leer un verso de las poesías sagradas, ora mirando al cielo ó al horizonte del valle, y volver luego á bajar con paso lento, sumido en la santa y dulce contemplacion de la naturaleza y de su autor.

Hé ahí su vida y sus placeres; sus cabellos encanecen, eleva el cáliz con manos trémulas, su voz debilitada no colma ya el santuario con sus acentos, pero resuena aun en el corazon de su rebaño. Muere, y una losa sin nombre indica el puesto que ocupa en el cementerio junto á la puerta de su iglesia. ¡Hé ahí una vida que se extinguió! ¡Hé ahí un hombre olvidado para siempre! Empero, ese

hombre ha ido á descansar á la eternidad, donde su alma ya se habia anticipado á habitar, y ha hecho en la tierra lo mejor que podia hacer; pues continuó un dogma inmortal, sirvió de eslabon á un inmensa cadena de fe y de virtud y legó á las generaciones futuras una creencia, una ley, un Dios. (LAMARTINE.)

#### Balmaseda.

Entre los bienhechores de la humanidad ocupa un lugar muy distinguido el presbítero D. Francisco Balmaseda. Nació este santo varon en Santiago de Chile el dia 2 de octubre de 1772.

Despues de haber aprendido las primeras letras, hizo sus estudios superiores en el colegio de San Carlos, donde su aplicacion, juicio i talento, le merecieron una corona literaria con que él no quiso adornar sus sienes.

Jóven ya, resolvió entrar de lego en el convento de San Francisco, para que su madre distribuyese su patrimonio en obras de beneficencia, y fué necesario valerse de su confesor á fin de apartarle de este propósito. Dominado siempre por el pensamiento de consagrarse al bien de la humanidad aflijida, abrazó mas tarde el estado eclesiástico y fué iniciado en el presbiterado por el Ilmo. Sr. Maran.

El hospital de mujeres de San Francisco de Borja le mereció los mas solícitos cuidados: cedió á él todas sus riquezas, é hizo de capellan del mismo establecimiento. Por su mano servia el caldo á las enfermas, permaneciendo entretanto de pié con los brazos cruzados delante de sus camas.

Habiendo entregado un dia al tesorero del hospital unos muebles que le quedaban y hasta las cucharas de su mesa, para que remediase cierta necesidad, aquel caballero, lleno de admiracion, le dijo: « Pero, señor don Francisco, esto es demasiado; » á lo cual contestó él con esta original pregunta: « Señor tesorero, ¿cuando tomó V. una esposa, le reservó algo de lo que poseia? Pues asimismo, yo tambien,

me he desposado espiritualmente con estas pobrecitas; déjeme V. darles cuanto tengo.»

En el desempeño de sus funciones sacerdotales era Balmaseda sumamente puntual y severo. Todos los días se levantaba al amanecer, rezaba sus oraciones y se dirigía á la catedral para decir misa; despues que la celebraba se iba á la sacristía y permanecía allí horas enteras confesando á los pobres y á los niños.

Cerca de catorce años vivió sin mas alimento que un poco de legumbres cocidas con agua y sal. Este santo sacerdote, muy semejante en su ardiente caridad á san Vicente de Paul, murió el 2 de noviembre de 1842 á la edad de setenta años.

#### El negro piadoso.

[Fin del siglo xviii y principios del xix.]

El ejemplo de un pobre negro, nacido en la esclavitud, va á demostrarnos cómo el deseo de agradar á Dios y de obedecer á las santas leyes del cristianismo puede hacer que la vida mas humilde y oscura, sea fecunda en buenas obras.

Nació el negro Eustaquio en 1763, en la isla de Santo Domingo, en una de las haciendas del señor Belin, y se hizo notar desde muy niño por su amor á la religion y por la práctica de todas las virtudes que ella inspira. En breve se grangeó el aprecio de sus superiores y la consideracion de sus compañeros, hasta el punto que cuando estallaron los primeros movimientos de la colonia<sup>1</sup> tuvo Eustaquio bastante influjo para salvar á su amo y á muchos propietarios que estaban expuestos al degüello general.

Cuando los negros resolvieron la ruina de los blancos, jurando matarlos á todos, fueron á buscar á Eustaquio y le descubrieron el secreto de la conspiracion creyendo que hablaban con un cómplice. Mas Eustaquio era ante todo

1. Los negros y los mulatos de Santo-Domingo se rebelaron contra las franceses en 1792, y Francia perdió entonces esta rica colonia

hombre de bien que no podia concebir la idea del asesinato con la de la libertad; y así al encontrarse entre sus compañeros armados de teas incendiarias y puñales y ver inminente el asesinato de los colonos, no titubeó un instante. Ni el encono de los negros contra los blancos, ni la comunidad de intereses, ni los lazos de la amistad le arredraron en su resolucion. Acudió donde le llamaban sus sentimientos religiosos, donde habia deberes que llenar, y nunca donde se ensañaba la venganza. Con su activa abnegacion salvó muchísimas víctimas de la suerte que las aguardaba; amparó sobre todo á su buen amo escudándole á cada instante, en cambio de la proteccion que le habia dispensado durante mas de veinte años: ayúdole en medio de inauditos peligros á guarecerse en un buque americano, adonde hizo llevar al mismo tiempo una considerable cantidad de azúcar para preservar al señor Belin de la miseria, y embarcóse con él sin mas pretension que la de servirle modestamente como hasta entónces. Tuvo, en fin, la indecible felicidad de poner fuera de peligro á mas de cuatrocientos colonos.

Pero, ¡qué desesperacion! El buque americano se ve atacado y apresado por un corsario inglés. ¡Dios mio! ¿El señor Belin y sus amigos no se han salvado de la muerte sino para verse reducidos á la esclavitud? No; Eustaquio va á librarles de ella como les libró de la muerte. Mientras que los vencedores se entregan, sin recelo, al placer de un bullicioso banquete, el astuto Eustaquio les divierte con sus juegos, y aprovechando la seguridad en que se creen, escoge un momento favorable, se arroja sobre ellos y ayudado por los demas cautivos, prevenidos de antemano, les carga de cadenas y todos hacen rumbo para Baltimore, adonde llegan con toda felicidad. Así salvó Eustaquio dos veces á su amo.

Este hombre, nacido entre esclavos y digno de figurar en la primera línea de los ciudadanos libres, no se limitó á dar pruebas de su valor en los momentos del peligro, pues halló aun medios de ejercer su virtud, siempre activa, en

tiempos bonancibles, adoptando todas las formas posibles para satisfacer la infatigable necesidad de heroísmo que devora el corazón de este noble hijo de la América francesa. Así, no contento con haber salvado á sus protegidos, trata de mantenerlos y consagra su tiempo, sus afanes y el producto de su trabajo á auxiliarles. Por donde quiera que pasa les reparte socorros, consuelos y todo cuanto su bondad puede dar de sí. Hay gente que no vive mas que para soñar males, pero él no existe sino para meditar el bien.

Cuando se creyó que se iba restableciendo el orden en la colonia, se apresuraron á regresar allá el señor Belin, Eustaquio y demas desterrados; pero no bien hubieron desembarcado, cuando supieron la funesta noticia de que 20,000 insurgentes habian establecido su campo en las alturas cercanas á la ciudad. Esta ciudad era el Fuerte-Delfin, ocupado entónces por los españoles, á quienes el señor Belin y sus compañeros pidieron, en vano, armas para defenderse y que por no habérselas dado fueron degollados por los negros que habian salido en tumulto de sus trincheras. El señor Belin trata de huir, pero perseguido de cerca por una cuadrilla de enemigos, hasta la orilla del mar, iba á precipitarse en él, cuando descubre un cuerpo de guardia español, á cuyo comandante se dirige gritando: « ¡Salvadme! » Acuden algunos soldados, le arrancan de entre los asesinos, le meten en el cuerpo de guardia y le visten con uno de sus uniformes: á la vista de este traje se detienen los negros, huyen, y el señor Belin se salva por segunda vez de una muerte casi segura.

¿Qué hacia entretanto su amigo? Separado de él por la muchedumbre, y despues de haberle buscado largo tiempo, el pobre Eustaquio se encomienda á Dios y se esfuerza por salvar á lo ménos del pillaje los restos de la fortuna de su amo. Hábil en sus proyectos, se dirige á la misma mujer del caudillo de los negros para preservar lo que pertenecia al señor Belin; va á la tienda de campaña, donde esa mujer yacia enferma en su lecho, la cuenta lo que acaba de suceder, la interesa en su suerte y la suplica que le ayude á

sustraer á la rapiña de los vencedores, unos baules llenos de objetos preciosos que eran propiedad del señor Belin. Accedió la negra á ello y Eustaquio escondió entónces debajo de su cama, la última riqueza de su amo; corre luego al teatro de la carnicería y busca entre los cadáveres el del señor Belin, que afortunadamente no halla; se informa de la suerte de éste y le dicen que ha logrado escaparse. Vuelve á la tienda á buscar su depósito, carga con él y á fuerza de precauciones y de astucia, logra embarcarse por segunda vez en un buque que va al muelle de San Nicolas, donde se ha refugiado el señor Belin. Llega allá en efecto Eustaquio precedido por la fama de su buena accion, y es recibido como el héroe de las colonias.

Desde entónces se hallaron ya fuera de peligro. A los rasgos de un sublime heroísmo, iban á suceder las pruebas del carino mas ingenioso. Vivian ámbos en un tranquilo retiro, pero el señor Belin, que era ya viejo, se quejaba de la debilidad de su vista que no le permitia leer. Eustaquio se desconsolaba de no poder hacer mas llevaderas las horas del anciano con la lectura de los diarios. ¡Qué pesar para él y para su amo! Éste se reconviene á sí mismo por no haberle dado, en la infancia, los primeros elementos de instruccion; pero este pesar no durará mucho, y Eustaquio alcanza al don que deseaba. Busca un maestro, y gracias al supremo esfuerzo de su firme voluntad, mas bien que á las lecciones que recibe, Eustaquio se presenta un dia al anciano medio-ciego, con un libro en la mano, y le prueba con el mas tierno ejemplo, que si nada parece fácil á la ignorancia, tampoco hay nada imposible para la abnegacion.

Poco despues perdió Eustaquio aquel á quien habia consagrado su vida, y recibió en su nombre considerables legados, entre otros uno de doce mil francos. Pero la mano que recibia estos tesoros era muy generosa para que los guardase. Eustaquio los consideraba como un depósito que le confiaba la Providencia para aliviar á los desgraciados; así es que pronto se agotaron estas riquezas,

porque los de las colonias eran infinitos y no habia mas que un Eustaquio.

Desataba cada dia los cordones de esa bolsa que provenia de la liberalidad de su amo, prodigando á cuantos imploraban su generosidad, ropa blanca, vestidos, muebles y ríveres. Si habia soldados cuyas pagas estaban atrasadas, Eustaquio satisfacía la deuda del gobierno; si una familia carecia de pan, Eustaquio estaba allí para remediar sus necesidades. En fin, Eustaquio dió todo cuanto tenia y solo le queda hoy dia el recuerdo de sus buenas obras. Esto le basta; nadie le oirá quejarse, ántes bien, dará gracias al cielo, porque si bien no posee ya nada, los demas á lo ménos tienen algo.

Hace ya algunos años que Eustaquio vive en Paris, donde ejerce el oficio de cocinero y repostero. Con su modesto salario halla todavía ocasion de ser allí generoso y hasta pródigo, pasando su vida en hacer lo que ha hecho siempre, esto es, dichosos. No hay dia perdido para esta existencia consagrada al bien, pues á cada instante se descubren nuevas pruebas de su inagotable generosidad, cuyo ejercicio le es tan grato. Ora costea los gastos de nodriza de niños pobres, ó envia á otros á la escuela; ora compra herramientas para operarios necesitados que no pueden proporcionarse estos instrumentos indispensables del trabajo. Varios parientes de su amo obtienen de él sumas de alguna importancia, que no le devolverán jamas y que él por su parte no reclamará nunca.

Tal es Eustaquio, hombre que honra á la humanidad, y que rechaza cualquier elogio que se le haga, contestando con su acostumbrada sencillez: «Yo no hago esto por los hombres, sino por el Maestro que está allá arriba.»

## § II. CULTO INTERNO Y EXTERNO.

No basta conocer á Dios; es menester que probemos que le conocemos, con demostraciones sensibles, y hagamos de modo que nin-

guno de nuestros hermanos tenga la desgracia de ignorar su existencia: estas demostraciones sensibles del culto, es lo que se llama « las ceremonias de la religion. »

El género humano no puede reconocer y amar á su criador sin demostrar que le ama, sin querer hacerle amar, sin manifestar este amor con una magnificencia digna de aquel que ama y venera, sin excitar al amor por signos del amor mismo. (FENELON.)

La divinidad, que no tiene ninguna necesidad de nuestros homenajes, nos manda, sin embargo, que la honremos, porque no podemos acercarnos á ella con el pensamiento, sin volvernos mas puros. (C.)

La oracion es la respiracion del alma, y quien no reza no respira. (JOSÉ DE MAISTRE.)

El que teme y ama á Dios, practica la religion, y quien practica la religion honra á sus ministros. (B.)

### La oracion.

Preguntaba un hombre á San Macario cómo debia rezar: « Hermano, le respondió el santo, no hay necesidad de emplear muchas palabras; basta levantar las manos al cielo y decir: « ¡Oh Dios mio! hágase tu voluntad! » Cuando os veais atormentados por alguna violenta tentacion, exclamad desde lo íntimo de vuestro corazon: « ¡Padre mio, socorredme! » pues Dios sabe lo que necesitais. »

Ya que tan fácil es el rezar, ¿cómo es que hay tantos hombres que descuidan una práctica tan saludable y tan santa?

Recordaremos con este motivo las inocentes palabras de un niño discípulo de una escuela de primeras letras.

Este niño, que tenia un padre que nunca se habia ocupado de prácticas religiosas, le dijo una vez: « Padre, ¿por qué no reza usted nunca por mí, como los padres de mis compañeros rezan por sus hijos! Esto seria un bien para mí.

— ¡Hijo! contestó el padre, nada tiene de extraño que no rece por tí, porque no he rezado nunca por mí mismo.

— Pues bien, padre, yo rezaré por usted y por mí, y mis oraciones serán un bien para ámbos. »